

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Esta Asociacion no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningun partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

IMPRESIONES DE LA SEMANA SANTA.

Cuando las fiestas y las solemnidades son algo mas que un agregado de gente y un espectáculo vistoso, forma su concurso una inmensa unidad, en la que cada cual abdica por un instante sus intereses y pasiones actuales para sumergirse en el mar comun de gozo ó de amargura; y en este riguroso sentido van haciéndose mas y mas raras, conforme se fracciona y desmenuza la sociedad á impulsos de la indiferencia y del egoismo. Lúgubre es la solemnidad de estos dias, en que la religion eleva y santifica la pena en su angustia y el amor en toda su energia, en que el dolor mas infinito y espiritual se reviste de formas las mas tiernas y sensibles, y en que el corazon recorre inmenso círculo, desde el iman misterioso que le atrae hácia el Sér invisible, hasta palpar, por decirlo así, el cadáver ensangrentado del que *nos amó hasta la muerte*. Vemos los altares cubiertos en estos dias con el morado velo que parece pesar tambien sobre nuestros corazones; los cantos son religiosos sobremanera, los ritos imponentes; y la Iglesia, ora con la magestad de la pompa, ora con la sencillez del dolor, nos recuerda el grande aniversario, para cuya celebracion no es preciso despojarse de su individualidad, pues cada cual tiene en él una parte tan principal, cada cual siente en sí mismo la regeneracion de su sér comprada con sangre del Hombre-Dios, y la necesidad

de recogerse y de llorar una vez siquiera al año. Pero si estas impresiones vienen á embotarse en los sentidos, si nada transmiten al alma, el concurso piadoso no será mas que una reunion de hombres, una decoracion escénica el lúgubre aparato. Para sentir y disfrutar aun en el orden material, se necesita mas ó menos el espíritu; sin él no hay sino combinacion de átomos y sustancias. Bajo este concepto creemos que las festividades de la semana santa han perdido menos en pompa todavia que en su imperio sobre los concurrentes, desde que el *positivismo* ó las pasiones mas desenfrenadas, helando ó abrasando respectivamente los corazones, apenas dejan asilo en ellos á la primitiva piedad.

¿No es cierto que entre nosotros ha padecido la fe sus eclipses? ¿no ha sufrido sus menguas é intermitencias la piedad fervorosa? ¿el hábito y la curiosidad no impelen de templo en templo á una gran porcion de estas masas y tal vez la mas brillante? Los que pretenden ó aceptan como muy natural que la religion y la sociedad sigan ambas su camino paralelo sin cruzarse nunca, se admiran de ver á la una infiltrarse tan eficazmente en la otra durante estos dias y ponerla toda en movimiento; y el grandioso espectáculo que presentan hoy las grandes capitales viene á sorprenderlos anualmente como un singular triunfo del sentimiento religioso. Nosotros empero para quienes nunca tendrá sobrada vida este sentimiento, que lo reconocemos

como alma no como adorno accidental de las sociedades, que recordamos el imperio que un día tuvo y el que debería tener para la salud de los pueblos, no podemos menos de llorar, si bien con los ojos fijos en el porvenir, la decadencia presente sobre las ruinas de lo pasado.

Hemos visto realizados en nuestros tiempos los trenos de Jeremias, los templos *desnudos y solitarios*, sus puertas *destruidas*, sus sacerdotes *dispersos que fueron consumiéndose por la ciudad buscando sustento*, sus vírgenes *pálidas y oprimidas de amargura*, el saqueo de sus preciosidades *sobre las cuales puso mano el enemigo*. Pero hay una ruina más triste y deplorable que no se repara con decretos ni en un solo día. ¡Ah! sí: la revolución no solo ha destruido obras maestras del arte, no solo ha esparcido al viento las glorias y recuerdos de lo pasado, no solo ha despojado al ara de su brillo y adornos, sino que ha extinguido en parte el fuego que dentro de ella ardía: al vacilar los templos, ha vacilado también la fe en muchos corazones. No decimos que la fe se extinga porque se cercenen sus solemnidades y su culto, sino que del desfallecimiento de este deducimos el de aquella, así como los síntomas cadavéricos de un cuerpo anuncian el apartamiento del alma.

Y á este fatal decaimiento, cuyos efectos todos sentimos y lamentamos, todos hemos contribuido con la inacción siquiera; al culpar á esos desgraciados agentes é instrumentos de destrucción, nos olvidamos de culpar la época y la sociedad en que vivimos. Mucho puede la violencia de los hechos, pero siempre llegan estos preparados por las ideas; nunca brotan sino en un terreno ya fermentado. Los atentados y trastornos á que hemos asistido contra las cosas santas, la sacrilega saña de los unos, la voraz codicia de los otros, no es que hayan sido en nuestra época necesarios ni siquiera excusables; pero en tiempos más creyentes y piadosos, en los días de nuestros padres, hubieran sido hasta imposibles: no fueron la expresión de nuestros sentimientos todavía católicos, pero sí el reflejo de nues-

tras degeneradas costumbres. En los tiempos de Felipe II, y aun si se quiere en los de Carlos III, ¿qué hubiera podido contra el santuario ni la feroz saña de unos ni la codicia y voracidad de otros? El espíritu público, más que la omnipotencia del cetro, las habría encadenado.

Nuestra generación, que presume de ilustrada y generosa, ha medido con los ojos el horrible vacío que le deja su precursora, y ha creído suplirlo con teorías racionalistas en política, con una estética sentimental en bellas artes y en literatura. ¡Ilusión! el orden en las sociedades, la sublimidad en las artes derivan de la religión, pero ni las artes ni las sociedades pueden engendrarse por sí mismas; de arriba debe descender este soplo vivificador. Se han escogitado explicaciones filosóficas del cristianismo; se han admirado moral y literariamente todos los principios y bellezas del Evangelio; se estasiaban los arquitectos ante los templos góticos, los poetas ante la poesía bíblica, los pintores ante los lienzos y frescos que decoran los muros y bóvedas de nuestras iglesias, los filarmónicos ante las sublimes melodías en que sobresale la música sagrada: ¿y por qué en medio de admiración tan entusiasta apenas hay quien produzca algo digno de ser remotamente comparado con aquellos modelos? Porque no se inspiran sino en el arte, no se inspiran sino en la forma, y quieren que su inanimado brazo escriba ó pinte ó fabrique lo que hacían aquellos brazos vivificados por el alma de la fe. Creían nuestros trovadores, creían nuestros poetas líricos del siglo XVI y nuestros dramáticos del XVII, creían rendidamente los modestos artífices que dotaron á Toledo, Burgos y Sevilla de soberbias catedrales, creía Rafael al pintar sus vírgenes, creía Haydn al meditar al pie de la cruz sus lastimeros y casi inspirados acentos: nombrad un solo artista en cualquier ramo, intérprete fiel del sentimiento religioso, que no tuviera también plena convicción religiosa. Hay un acento de verdad que no pueden contrahacer todos los recursos del genio; y dos notables poetas de este siglo, Lamartine y Silvio Pellico, nos presentan en

toda su fuerza este contraste. Ambos consagraron á la religion su lira; y sin embargo el uno con sus brillantes dotes arrebató, deslumbra, rara vez conmueve, y nunca vivifica; mientras el otro, rebosando piedad y ternura, vigoriza al mismo tiempo el alma, y con alas menos espléndidas se remonta á region mas serena y elevada. Y es que Lamartine creyó con la imaginacion mas bien que con el entendimiento, tuvo mas sentimiento que convicción; al paso que en el poeta de Saluzzo creció y se desarrolló la fe robustecida en medio de infortunios y desengaños.

Porque las creencias pues se van reduciendo y amortiguando, porque la curiosidad y la moda son los ejes principales sobre que rueda este inmenso concurso, porque aun el que de religioso y espiritualista se precia tal vez no va á buscar sino emociones, pero emociones del arte y de la fantasía, repetimos que la semana santa gradualmente pierde mas que en la pompa de sus ritos, en su legítimo influjo sobre los ánimos. Bajo humilde y blanqueado techo, lo mismo que bajo magníficas bóvedas y dorados cimborios, resuenan todavía imponentes los cantos de la Iglesia; la importancia y la grandeza del recuerdo es tal, que apenas recibe realce á los ojos del creyente, cualquiera sea el aparato que le acompañe. Pero en vano será que se restaure el esplendor y majestad del culto, que se hable á los sentidos y se conmueva la imaginacion con las mas atractivas formas, que penetre en los templos y en sus solemnidades el refinamiento del siglo: si la piedad, es decir la religion sincera y práctica, desaparece, la semana santa no será sino un espectáculo mas en el año, y el luto del viernes y el triunfo del domingo se confundirán con esas efemérides históricas que cada dia recordamos con indiferencia.

1844.

J. M. Q.



¿QUÉ CONDUCTA DEBEN SEGUIR LOS CATÓLICOS

EN LAS ELECCIONES DE DIPUTADOS. (*)

No somos aficionados á inmiscuir la religion y la política. En España podíamos haber prescindido de hacerlo.

Católica es la nacion española, esencialmente católica, y católicos se llamaban tambien hace pocos años los mismos que en el fondo de su corazon no lo eran, y hasta los mismos que consideraban la libertad de cultos como un gran adelanto.

La situacion ha variado completamente.

La revolucion proclamó la libertad de cultos, primero en las calles, y luego por boca de muchas juntas revolucionarias. La junta de Madrid y el gobierno aceptaron el grito anticatólico de la revolucion. Muchos de los campeones de la unidad católica han aceptado, como D. Salustiano Olózaga, lisa y llanamente el programa revolucionario del gobierno, y otros como D. Emilio Castelar, dicen: «Ya no somos católicos, porque la experiencia nos ha enseñado que el catolicismo y la libertad son incompatibles.»

Los revolucionarios, monárquicos y republicanos, convienen todos en la necesidad de cortar la cabeza al catolicismo, y de ilustrar á la nacion con las doctrinas de todas las sectas y heregías; pero los mas francos protestan sin ambages, no solamente de su odio encarnizado contra Jesucristo, *el primer farsante del mundo* (textual), sino tambien de su odio contra todo culto y toda religion, por no ser mas que una supersticion lo de una vida futura, una simpleza la creencia en el alma y mayor simpleza la creencia en Dios. Los mas bravos y batalladores (traductores del francés) arrojan con mucha formalidad un guante á Dios, y declaran á Dios guerra á muerte.

La gran batalla electoral que estamos próximos á presenciar vá á empeñarse entre los monárquicos revolucionarios y los republicanos.

(*) Circuló el siguiente impreso en Barcelona antes de las últimas elecciones, y aunque haya pasado ya su oportunidad en la esfera práctica, es tal la exactitud de sus apreciaciones y la importancia de sus consejos, que merece ser recordado en todos tiempos como norma de conducta. Que es debido á uno de los primeros escritores de España, el escrito mismo lo manifiesta, y creo poder revelar sin indiscrecion que es de mi querido amigo D. José Coll y Vehí, nombre ilustre en nuestra república literaria, y presidente de la Asociacion de Católicos de Barcelona, cuando en Enero último fué brutalmente invadida su reunion.

Las elecciones de ayuntamiento no han sido mas que una especie de asalto de armas, un simple ensayo, del que no han quedado muy satisfechos los monárquicos.

¿Qué deben hacer los verdaderos monárquicos, á saber, los monárquicos anti-revolucionarios?

O abstenerse de terciar en la contienda, ó votar candidatos *esencialmente* monárquicos.

No cabe transaccion con esos monárquicos que á boca llena se llaman revolucionarios, y que andan en busca de un rey revolucionario, ó *interino*, ó *achacoso*, ó sin sucesion.

Son preferibles mil veces los republicanos.

Nosotros, por respeto, por amor, por fe en la institucion monárquica, puestos en el trance apurado de tener que elegir entre los republicanos *vergonzantes* y los republicanos *francos*, optaríamos decididamente por los últimos, y con seguridad de acierto. Preferimos que se establezca una *república sin condiciones de existencia*, á que se establezca una *monarquía sin condiciones de existencia*. En interés de la monarquía preferimos que *se desacredite la república*, á que *se desacredite y degrade la monarquía*.

No es esta política pesimista, como la llaman muchos, sino política racional y previsora.

En cuestiones secundarias cabe transigir; pero en cuestiones fundamentales no caben coaliciones, ni transacciones, ni términos medios. Hay que elegir entre el si y el no.

¿Acceptais los principios de la revolucion proclamados por las juntas y el gobierno?

Volad con los republicanos. Apartad los ojos de las personas, y volvedlos á los principios. Vale mas la república del marques de Albaida, que la monarquía de Rivero; la democracia lógica, que la democracia ilógica; la revolucion abierta y franca que la revolucion embozada é hipócrita.

Nuestra deplorable situacion actual es consecuencia de los anteriores pasteles y juegos de escondite. El único partido que desplegó al viento su bandera fué el democrático, y por esto como por mano de ganso y sin necesidad de combatir, ha triunfado.

Nótese mucho que el no haber sido este mismo partido explícito y terminante en un solo punto es la única causa de que ahora anden el Sr. Rivero por un lado y el Sr. Castelar por otro. Los demás partidos adoptaron el medio cómodo y espedito de las reticencias, y por esto se encuentran en el estado deplorable é infelicísimo en que hoy les vemos.

¿Sois realmente monárquicos? ¿No acceptais los principios cardinales de la revolucion? Pues votad

contra la revolucion, ó si no teneis valor ni confianza, quedaos en casa, y que la revolucion siga su curso. Siquiera no estorbeis, enredando con una mal entendida prudencia, egoismo ó miedo, la madeja mas de lo que está ya enredada.

O votar candidatos monárquicos anti-revolucionarios, ó abstencion completa.

Nada más torpe ni pueril, que el resolver unas cuestiones de tanta magnitud, calculando la mayor ó menor probabilidad de unas cuantas asonadas mas ó menos.

¿Qué importa que el gefe del estado haya de llamarse *rey democrático* ó *presidente republicano*? No vale la pena de disputar, y sobre todo no vale la pena de romperse la cabeza.

Pasemos á la cuestion religiosa, principal objeto de estas breves líneas.

La solucion es mucho mas obvia, porque ni el evangelio ni la Iglesia tienen que andarse con diplomacias y hurtando el bulto.

Con perdon del Sr. Castelar moderno, creemos con el Sr. Castelar antiguo que la religion católica es compatible con todas las formas de gobierno. Entiéndase bien lo que decimos; *formas de gobierno*, así como suena. Monarquía, aristocracia, república, monarquía absoluta ó templada, todo esto poco le importa á la Iglesia, con tal de que no se vulneren en lo mas mínimo los fueros de la justicia. Por el contrario la Iglesia condena todos los gobiernos y poderes que obran la iniquidad y la injusticia. La Iglesia condena el despotismo lo mismo que la anarquía ó la oligarquía. La Iglesia condena sin distincion todas las tiranías, todas las usurpaciones é intrusiones de los poderes constituidos, así como todas las tiranías de los súbditos, llámense sediciones, rebeliones, motines, revoluciones ó traiciones.

Dios quiso que la primera de las leyes sociales fuese la necesidad de una autoridad y la necesidad de la obediencia. El partido político, el club, la sociedad secreta, hasta la sociedad de ladrones no pueden subsistir, sin una autoridad que mande y sea obedecida.

No cabe duda de que un republicano *puede ser* un excelente católico.

La Iglesia tampoco es enemiga de la libertad y dignidad humanas, sino su sosten mas firme.

Entre los que aseguran que el hombre no es mas que materia, y la Iglesia que nos declara ser el

hombre un *espíritu racional* unido á un cuerpo, un espíritu rey y señor de la materia, ¿quién es mas libre?

¿Qué libertad tiene esta pluma con que escribo, esclava obediente de mi mano?

¿Qué libertad tendrá esta mano que ahora sostiene la pluma el día en que mi espíritu haya roto esta cárcel terrena y corporal de mi cuerpo?

Entre los que nos declaran *bestias*, y la Iglesia que nos declara *hijos y herederos de Dios*, ¿quién es el verdadero defensor de la dignidad humana?

Solo Jesucristo, solo Nuestro Señor Jesucristo es quien descendió á la tierra la dignidad y libertad humanas, perdidas por el pecado.

Nuestra libertad, nuestra esperanza, nuestra gloria, nuestra felicidad están regadas, fecundadas y aumentadas por la preciosa sangre de Nuestro Señor Jesucristo.

¡Oh! Si fuese posible que en las naciones cristianas se oscureciese repentinamente la luz del cristianismo por todo el mundo difundida, un solo día de espanto y horror bastaría para que el mundo entero pidiese con amargo llanto la luz de Jesucristo.

Los revolucionarios de España están asombrados de los pocos desastres que la revolucion ha causado. Sin embargo la anarquía no puede ser mas espantosa.

Por una parte nos encontramos con unos cuantos republicanos que no saben que hacerse del poder y fuerzas de que disponen, y por otra con unos monárquicos asustados de su obra, que aceptan todos los principios mas radicalmente democráticos y que se espeluznan al solo nombre de república. Monárquicos que no convienen en lo que debe ser la monarquía, y que ni siquiera convienen en quien debe ser el monarca. Caso sin ejemplo en la historia.

Tenemos un gobierno á quien todo el mundo cree poder aconsejar, amenazar ó desobedecer; porque todo el mundo cree tener una pequeña parte en la paternidad y en los derechos que la paternidad trae consigo. Ni en el gobierno, ni en las corporaciones populares hay dos hombres que opinen lo mismo.

Tenemos una gran mayoría de españoles, indiferentes, pusilánimes, asustados, y otros muchos que no saben qué hacerse, ni de qué lado inclinarse, y que despues de haber estado *calculando* toda su vida se encuentran ahora en la imposibilidad de aventurar ningun cálculo fundado.

Tenemos unas grandes muchedumbres ignorantes, imbuidas en las mas perniciosas ideas, cuya

imaginacion se exalta, cuyas pasiones se irritan á sabiendas, deseosas de hacer algo, dispuestas á hacerlo, y admiradas de que nada se haga.

Tenemos una porcion de aventureros políticos y hasta de hombres de armas que están dispuestos á alquilarse y á servir al que mas pague.

Tenemos por último una numerosa clase con ínfulas de ilustrada, entregada á los impulsos de una ambicion sin límites y á todos los delirios de la pedantería y de la utopia, sin ideas fijas, sin creencias, sin ningun punto de apoyo, cuyo entendimiento y cuya conducta no son mas que un tejido de interminables contradicciones.

Los combustibles para un gran incendio y una gran catástrofe social están hacinados; y sin embargo en medio de esta espantosa anarquía de ideas y costumbres, de este completo desquiciamiento gubernamental y de esta creciente miseria, la anarquía material solo ha asomado en algunas localidades aisladas. Los mas revolucionarios claman orden, orden, orden, convencidos como están de que la desaparicion del orden material seria la derrota instantánea y segura de la obra revolucionaria.

¿Y por qué sucede este prodigio? Porque á pesar de todo, España es una nacion católica. El catolicismo está encarnado en nosotros, en las costumbres, en la organizacion social, en la familia, en el entendimiento y en el corazon de los mismos que de él reniegan, y que públicamente se llaman ateos.

El catolicismo es lo único que por ahora se opone á un completo desquiciamiento social, y el catolicismo nos libraria de una total ruina, si este desquiciamiento social llegase. El catolicismo es el único bien que ya nos queda; pero en cambio este solo bien vale por todos los que uno tras otro hemos ido derrochando. El catolicismo es la única fuerza capaz de librar á España y á Europa de la barbarie que á todos nos amenaza.

Por esto los revolucionarios conocedores de lo que hacen, los que no aparecen en las plazas, ni figuran en las reuniones políticas ni aun en la prensa, los verdaderos generales cuyo nombre es un misterio para los soldados y hasta para los que se figuran mandar y dirigir las revoluciones, ora en nombre de la dignidad real, ora en nombre de los derechos del pueblo, ya en nombre de la ciencia, ya en nombre de la tolerancia, ya en nombre del interés de una clase social contra otra, ya en nombre de los intereses de un pueblo contra otro pueblo, ya en nombre de la independencia y del engrandecimiento nacional, ya en nombre de la gloria militar, ya en nombre de los intereses mercantiles,

derrocando y erigiendo tronos, reformando mapas, suscitando guerras y rebeliones, corrompiendo cuanto hay que corromper, escitando así las pasiones mas nobles como los instintos mas aviesos, por mil caminos escondidos, revistiéndose de mil formas, dirigen única y exclusivamente sus baterías contra nuestra madre la santa Iglesia católica apostólica romana.

Medítese lo que ha pasado y está pasando en España. Los revolucionarios discuerdan en todo menos en lo que mas ó menos directamente se roza con la religion. Los encontraréis unánimes en su pretension de despojar al Papa de su poder temporal, unánimes en atribuir al clero y á lo que llaman fanatismo y supersticion española todos los males de España, unánimes en atribuir á los jesuitas planes liberticidas, y unánimes en espulsarlos de nuestro territorio al propio tiempo de proclamar la libertad de cultos, de asociacion y de enseñanza, unánimes en extinguir conventos de monjas y derribar iglesias, unánimes hasta en suponer en la inofensiva sociedad de San Vicente de Paul fines políticos que jamás ha tenido ni podia tener. Los oradores de los clubs y de las plazuelas dan á las materias religiosas una preferencia muy notable sobre las políticas. Los que dicen no creer en Dios hablan siempre de religion. Las palabras *neo* y *teocracia* horripilan y por todas partes resuenan. Hasta la inquisicion ha resucitado, y en la segunda capital de España se buscaron con insistencia los horribles instrumentos de la inquisicion en los sótanos de la Universidad que se está construyendo. Un arzobispo y una monja fueron los grandes enemigos á quienes hubo necesidad de anonadar.

En medio de la gran crisis política que atravesamos, las mas trascendentales cuestiones de política apenas ocupan á nadie. La religion es la manía, la pesadilla eterna, el coco de nuestros políticos revolucionarios de toda estofa.

¿Es pura casualidad? ¿Quién será tan necio, tan ignorante de la historia que no vea en esto la realizacion de un plan hace muchos años emprendido y de un programa hace muchos años redactado, conocido de las personas medianamente instruidas, é ignorado del gran número, del inmenso número de personas que sin saberlo ni sospecharlo lo realizan, obedeciendo como simples corderos á la consigna? Jóvenes entusiastas, artesanos, es decir, gente sin experiencia, gente que ignora las lecciones de la historia, gente que ignora completamente el organismo de las sociedades, gente incapaz de criterio propio, gente cuyas nociones se procura oscurecer, cuyas

pasiones se inflaman con facilidad, cuyos nobles impulsos se convierten en instrumentos dóciles de ajenas voluntades, cuya generosidad y cuya ambicion de gloria les lleva á arrostrar los peligros y la muerte, constituyen las cerradas falanges con que se puede contar. Los hombres de reflexion, años y estudios no sirven para el caso.

Los casinos, los bailes, los cafés, las tabernas y hasta las casas de prostitucion son los grandes seminarios de los ciudadanos destinados á sobresalir algun dia. El teatro, la novela y el periódico satírico preparan admirablemente el terreno.

Indudablemente la religion católica es el grande obstáculo contra esta propaganda civilizadora; y los que se van directamente al bulto, los que mandan gritar guerra á la teocracia, guerra al clero, guerra al papa, guerra á Cristo, guerra á Dios, guerra al alma, saben muy bien lo que se hacen.

Pues bien, españoles católicos, aprendamos de nuestros enemigos. Dejemos la política, olvidémoslo todo, todo por no acordarnos mas que de Dios y de la religion. Clamemos á la vez nosotros guerra á la ignorancia, guerra á la corrupcion y licencia de costumbres, guerra á la impiedad, guerra al ignominioso materialismo que carcome las entrañas.

Sea nuestra divisa Jesucristo, nuestro escudo la Iglesia católica apostólica romana, nuestras armas la oracion, la caridad y la palabra evangélica, nuestro grito unánime *Unidad Católica*. Acudamos á las Cortes constituyentes pidiendo la unidad católica, y sobre todo pidámosla continuamente á Nuestro Señor Jesucristo y á la inmaculada Virgen María, patrona de las Españas.

Al presentarnos á las urnas electorales, exijamos de nuestros candidatos el compromiso formal de votar por la unidad católica, y prescindamos de todo lo demas.

Ya que se levanta una guerra de la tierra contra el cielo, apartemos los ojos de la tierra y levantémoslos al cielo, menospreciemos las armas de la tierra, peleemos con las armas del cielo. Con la cruz de Jesucristo en el pecho, contestemos á todos los revolucionarios, á todos los utopistas, á todos los ambiciosos, á todos los políticos, á todos los intereses terrenales con el único esclusivo grito de

UNIDAD CATÓLICA.



CRÓNICA.

A petición de varias señoras reproducimos la exposición que en 7 de Enero último dirigieron las de Palma al gobierno provisional acerca del vital asunto que constituye el lema y el objeto principal de esta publicación:

«Escmo. Sr.: Madres, hijas y esposas, de todas clases y condiciones sociales, habitantes en la capital de Mallorca, elevan á V. E. su unánime clamor en defensa de la religión, de la justicia y de la libertad, amenazadas á la vez, si ya no heridas, por deplorables atropellos. Largo tiempo han callado, dejando la gloriosa iniciativa á las que en mas populosos y agitados centros han visto mas de cerca los males y peligros, y aguardando día por día su definitivo remedio; pero ha surgido ya tan general de todos los ángulos de la península esa piadosa protesta del corazón de las mugeres españolas, que el no adherirse á ella con público testimonio, siquiera parezca uno de sus últimos y lejanos ecos, pudiera pasar por culpable desidia ó cuando menos por timidez inoportuna. Identificadas en creencias y sentimientos con las del continente hácia la adorable y augusta fé, de la cual deriva para el sexo débil toda protección, consuelo y fuerza, ¿qué consideraciones podrian esponder, ni qué tiernos y poderosos afectos invocar, que con superior elocuencia y delicadeza esquisita no hayan apurado ya las representaciones precedentes y que no hayan conmovido enérgicamente el alma de V. E.? La conservación de los templos, que como casas del Señor, como legados de la piedad de las pasadas generaciones, como focos de tantos recuerdos y emociones íntimas, como adorno de las poblaciones por lo comun, y como asegurados por el concordato en manos de los obispos, es mengua entregar al hacha demoledora; la permanencia de las religiosas en los claustros que con sus propios bienes, en uso de su albedrío y bajo el amparo de la ley, escogieron por perpétua morada; la libertad en las asociaciones de oración y en las de caridad mas útiles y consoladoras aún para el que da que para el que recibe; el afianzamiento de la unidad católica de que se halla en posesión inviolable nuestra nación con envidia de las extrañas, único resto de sus pasadas glorias, única prenda de paz pública y de unión doméstica, única ventaja que á las demas de Europa lleva y de que sin furor suicida no podría desprenderse: tales son los queridos, los sacrosantos objetos de nuestros votos y peticiones unidas á tantas otras, y que no es posible vulnerar sino al través del triple escudo que los protege ante los hombres fieles, ante los hombres rectos, ante los hombres sinceramente liberales. ¿Y prevalecerá, Escmo. Sr., la ronca gritería de ciegas prevenciones ó de salvajes odios á la súplica creyente del amor? las tiránicas exigencias de partido ó las monstruosas inconsecuencias contra los principios que tan altamente se proclaman, serán mas escuchadas que la voz de vuestras madres, esposas y hermanas que sienten, estamos ciertas, lo mismo que nosotras? ahogará la imparcial y pacífica voz de nuestro sexo, mitad de la nación inerme sí y extraña á la política pero no á su vida social y á su cultura, el desenfrenado é insaciable furor de los que empujan sin saberlo la patria á su ruina y los gobernantes á su hundimiento inevitable? Una sola palabra, una prenda de seguridad dada por V. E. para con-

jurar los males, para desvanecer los temores, cuánta alegría pudiera causar, cuántos recelos desmentir, cuántos enemigos desarmar, cuánta fuerza atraer al gobierno provisional! Oh qué beneficio tan en provecho de todos, y sobre todo en provecho de sus dispensadores! Medítelo bien V. E., y al deferir á las próximas Cortes Constituyentes, como ha juzgado de su deber, la solución de estas cuestiones que nunca hubieran debido serlo, no tema acompañarles también el cúmulo de exposiciones firmadas á millares por las que han formado ó recibido la educación de tantos ciudadanos de la generación presente, que cierto no estamos solas, y que los que con nosotras piensan, sienten y piden no es la porción mas desfavorecida en virtudes y talento y en toda clase de legítimas influencias.»

Seguian al pié 4693 firmas, y deseáramos saber el dictámen pericial del señor ministro de Gracia y Justicia, como tan entendido calígrafo, acerca de la mayor ó menor diversidad de los caracteres de letra y del número de amanuenses que pudieron intervenir en su falsificación.

Quando en la sesión nocturna del 24 Febrero apelaba el Sr. Romero Ortiz á los conspiradores de San Carlos de la Rápita y á los asesinos del gobernador de Burgos para aclarar el misterioso objeto de la sociedad de S. Vicente de Paul, ignoraba sin duda que algo mejor pudiera ilustrar sus pavorosos recelos un diputado y muy importante de la mayoría, un diputado que acababa de pronunciar en defensa del ministerio un discurso tan elocuente, que la opinión pública le designaba como llamado á formar parte del mismo. El Sr. Moret y Prendergast no solo perteneció hasta lo último á las disueltas conferencias, sino que era secretario de la de San Marcos de Madrid. ¿Debia clasificársele entre los *instrumentos ciegos* ó entre los manipuladores de un *poder misterioso*? De todas maneras sentimos que no se le ocurriera naturalmente salir á la defensa de la ultrajada institución, y que haya tenido que escitarle á ello por compromiso el periódico que reveló la noticia. Sus antiguos consocios le hubieran agradecido esta consecuente y noble actitud, y la habrían respetado sin duda y aun tal vez aplaudido esos mismos diputados que aplaudian los ataques del Sr. Romero. ¡Cuán cierto es que no hay mejor política que la franqueza, ni mejor escudo en las mas apasionadas luchas que la firmeza de convicciones y la lealtad en manifestarlas! Pero hable ó calle el Sr. Moret, siempre resulta que su afiliación y la de tantos otros liberales en dicha sociedad ó les acusa á ellos, ó absuelve á esta de las imputaciones de sus correligionarios.

Bien presumíamos en el número anterior que la supuesta complicidad de algunos socios de S. Vicente en el atentado de Burgos quedaria en breve desmentida. Véase el siguiente pasaje de una carta

publicada en el *Comercio* de Cádiz. ¿Por qué no la desmiente á su vez el Sr. Romero Ortiz?

«Burgos 28 de Febrero.—Los tribunales militares van terminando aquí los procesos instruidos con motivo del asesinato del gobernador que fué de esta provincia Sr. Gutierrez de Castro.

«Grande empeño ha habido en descubrir algo que pudiera complicar en aquel triste suceso al partido reaccionario; pero todo ha sido inútil. La verdad se desfigura en los periódicos y en los tumultos populacheros, pero en los procedimientos judiciales no sucede lo mismo. De un modo ó de otro se abre paso, y hay que hacer justicia á quien la tiene.

«Es falso lo que se ha dicho de haber sido presos individuos de las Conferencias de S. Vicente de Paul, y hoy puedo decir á V. que uno de los reos á quien el consejo ha impuesto la pena capital, y que se llama por apodo el *Coscorro*, es persona de malos antecedentes y uno de los primeros que con el pronunciamiento de Setiembre levantó los *rails* en la estación del ferro-carril para que no pasase el general Calonge que con la division de su mando venia de Valladolid.

«Esto le probará á V. cuán falso es lo que se ha dicho con motivo del asesinato del gobernador, y la intencion malévolá que ha habido en las mil versiones calumniosas que se han hecho circular por los hombres de la situación.»

De una notable série de artículos publicados por D. Félix Alvarez Villaamil sobre la incautación de libros, documentos y alhajas de los templos y su destino á los museos nacionales, tomamos esta elocuente y bella conclusion:

«Nos hallamos todavía en un periodo de fiebre revolucionaria que, como todos los algidos, es precursor inmediato del restablecimiento ó de la muerte del enfermo. No es posible predecir cuál de estas dos terminaciones está escrita en el libro de los destinos señalados por la Providencia á la España de Fernando el Santo; pero, sea la una ó la otra, la historia que viene detrás de los pueblos que se salvan, sobrevive también á los que perecen; y en ella, no lo dude el Sr. Ruiz Zorrilla, su nombre y el de los hombres que forman su partido figurará indudablemente en la lista de aquellos que, si desearon perpetuar las glorias de su pueblo, han hecho todo lo contrario de lo que esas glorias demandaban. Ese empeño de escarnecer á las corporaciones que nos legaron todo lo que poseemos, esa manía de arrancar de sus manos un patrimonio de gloria que sin ellas hubiera perecido, esa temeridad de achacarles faltas que cometieron precisamente sus perseguidores, esa ligereza con que se quiere dar vida en un día á bibliotecas, archivos y museos que, como todas las cosas humanas, no pueden llegar á la virilidad sin que á esta precedan la infancia, la niñez y la adolescencia, esa suspicacia, dureza y descortesía empleadas con dignidades y corporaciones poseedoras del respeto de los siglos, faltas son que siempre tienen su castigo, tan martirizador y tan duradero como lo es siempre para quien se estima á sí mismo el juicio desfavorable de la generación que está pasando y de las generaciones que han de venir en pos de ella. No, y mil veces no. El hombre de estado que

bendice las manos que sembraron de ruinas el suelo de la patria, no está llamado por Dios para ennoblecerlas, no es á él á quien pertenece legar á las futuras edades, ni restos preciosos rebuscados entre escombros, ni monumentos por milagro defendidos del incendio y de la piqueta. Esa misión incumbe á la Iglesia respecto á los edificios y objetos de arte que conserva, y á la Real Academia de la Historia relativamente á los otros que el Gobierno se apropió y de que todavía no ha dispuesto. Ni aquella ni esta se sienten solas en el mundo, sino que cuentan hoy, y contarán mas en lo futuro, con el auxilio de espíritus generosos que, notando el vacío que ciertas instituciones han dejado, reputan cuestión de honra nacional el hacer que nada de cuanto recuerda su tránsito por la tierra desaparezca deshecho por las iras de una nueva barbarie. Es preciso que el siglo XIX comparezca ante los que le sucedan, tal cual es, con sus virtudes y sus faltas: es indispensable que los que, por la misericordia de Dios, somos verdaderos católicos podamos decir y podamos probar mañana que ni nuestra razón se ha extraviado, ni nuestro corazón pervertido; que no hemos formado parte del grupo de hombres imbeciles que durante diez, veinte, treinta y mas años han estado dando *mueras* á los frailes que pasaron edificando, y *vivas* á los progresistas que han venido siempre destruyendo.»

Todo se prepara en la ciudad eterna para inaugurar con la mayor solemnidad el Concilio Ecuménico. A este fin los mas distinguidos arquitectos están encargados de dar al Vaticano, donde se reunirá, las disposiciones que estén mas en armonía con la solemnidad de las deliberaciones que en él deben tener lugar. Las *congregaciones* ó sesiones particulares, se celebrarán en la gran sala que hay sobre el átrio de la Basilica; las solemnes en el semicírculo de debajo el ábside. Las diez comisiones que bajo la presidencia de otros tantos Cardenales deben preparar las materias sobre las cuales está llamado á deliberar el Concilio, trabajan sin cesar presentando el resultado de su cometido al Soberano Pontífice que, por su parte, activa con el mayor impulso los preparativos del grande acto debido á su poderosa iniciativa.

PUNTOS DE SUSCRIPCION.

Librerías de Guasp, Muntaner y Colomar, y círculo de la Asociación de Católicos.

PRECIOS MENSUALES.

Dos reales vellon en Palma, dos y medio dentro de la provincia, y tres para los suscriptores del continente.

A los asociados de la capital costará un real solamente, y uno y medio á los demás de la provincia.

PALMA.—Imprenta de Guasp.